

20732

40 CÉNTIMOS

LA OBRA
DE
PABLO IGLESIAS

DISCURSO PRONUNCIADO POR

JULIAN BESTEIRO

EN EL ACTO CELEBRADO EN EL TEATRO
CAMPOAMOR, DE OVIEDO, COMO HOME-
NAJE DEDICADO POR LA ORGANIZACIÓN
OBRERA Y SOCIALISTA ASTURIANA A LA
MEMORIA DEL FUNDADOR DEL SOCIALISMO

:: :: :: :: ESPAÑOL :: :: :: ::



102829

3
102829

Q.811.131

LA OBRA DE PABLO IGLESIAS

DISCURSO PRONUNCIADO POR

— JULIÁN BESTEIRO —

EN EL ACTO CELEBRADO EN EL TEATRO
CAMPOAMOR, DE OVIEDO, COMO HOME-
NAJE DEDICADO POR LA ORGANIZACIÓN
OBRERA Y SOCIALISTA ASTURIANA A LA
MEMORIA DEL FUNDADOR DEL SOCIALISMO

:: :: :: :: ESPAÑOL :: :: :: ::



VÁLGAME DIOS, 6.-MADRID
TORRENT Y COMPAÑÍA



DISCURSO DE BESTEIRO

EN OVIEDO

El objeto del acto

Muchas gracias, ciudadanos y compañeros, por esta cariñosa acogida. Os confieso que no experimento temor, pero sí se inhibe un poco la libertad confiada de mis movimientos por el respeto que este acto me inspira. Me inspira respeto por su objeto, porque venimos aquí a recordar y enaltecer la memoria de Pablo Iglesias. Me inspira respeto también por el lugar y por la naturaleza del auditorio. Sin pretender halagarnos, he de deciros que desde hace tiempo considero a esta región asturiana como una de las que en España han logrado desenvolver más ampliamente su conciencia social; sé que no vengo a hablar a principiantes, sino a hombres que han reflexionado y saben mantener con gran dignidad sus ideales.

No puedo pretender, por lo tanto, ofrecerme a vosotros como un maestro. Vengo a una obra de colaboración, que bien sabemos nosotros que el trabajo personal, en la tarea que nos está encomendada, si ha de ser fecundo, ha de fundarse en la colaboración de toda la masa. Y vamos al tema.

La obra de Pablo Iglesias

Conforme va pasando el tiempo, compañeros, y se va mitigando aquel cuadro doloroso de la desaparición de Iglesias, cuando abandonó la vida, el sentimiento de cariño y admira-

ción que por él siempre hemos sentido, lejos de disminuir se va agrandando. Y no es ése un estado de espíritu exclusivamente nuestro. Habéis visto cómo al sentimiento del Partido Socialista, de la masa obrera organizada, ha respondido la conciencia general del país. En medio de la atmósfera de justificada desconfianza, tan característica de la nación española, que ha sufrido tantos desengaños, se ha dado el caso de que la sociedad toda ha honrado las virtudes del maestro y ha ensalzado su personalidad. ¿Cómo se ha producido este caso insólito? Es preciso que tratemos de explicarlo.

Se ha producido porque la obra de la vida de Iglesias es una obra que honra las ideas y que honra al pueblo en el cual se ha realizado.

Yo he tenido en estos últimos años ocasión de asistir a varios actos en que se congregaba la representación del proletariado internacional, y he podido apreciar cuáles son las características del movimiento socialista de los países principales de Europa; y os he de decir que el movimiento socialista del proletariado español es muy modesto en relación al de otras naciones; tiene mucho que aprender de ellas; pero que, dentro de nuestra modestia, posee la organización obrera y el Partido Socialista aquí un carácter de solidaridad, una amplitud de horizontes, una firmeza y una generosidad que no resplandecen en mayor grado en las organizaciones similares de otros países.

El obrerismo del Partido Socialista Español

Quiero citaros, a modo de ejemplo, no una superioridad, pero sí una característica de nuestra organización que nos permite presentarnos, no solamente por el valor numérico,

sino por el valor moral y espiritual, en condiciones de dignidad al lado de nuestros compañeros extranjeros.

Es lo que nuestros adversarios nos han motejado muchas veces con injusticia cuando se ha dicho que el Partido Socialista Español, obra de Pablo Iglesias, tenía el defecto de ser, no un Partido Socialista, sino un partido obrerista.

No lo habréis oído decir pocas veces.

Los intelectuales, se ha dicho, no caben en el Partido Socialista Español porque es un Partido que atiende exclusivamente a las necesidades de la clase obrera, no un Partido como el de otras naciones, tales como Francia, que permite a los intelectuales una gran esfera de acción.

Pues bien, sabedlo: con ser la aportación de Francia al Socialismo muy grande, por no existir en ella una relación tan estrecha como existe aquí entre la labor del Partido Socialista y la labor de la organización obrera, el movimiento socialista francés adolece de un defecto que no aqueja, por fortuna, al Socialismo español.

Muchas de las censuras que se nos dirigen están fundadas en el desconocimiento de la verdadera situación de las cosas.

No es cierto que Iglesias ni el Partido Socialista hayan sido hostiles a la obra de la inteligencia. Ahí está el nombre de Jaime Vera, y modestamente hoy somos varios los compañeros pertenecientes a la Universidad que no hemos encontrado nunca dificultades en nuestra actuación por parte del Partido Socialista. (Aplausos.)

No creo tampoco cierto que el hecho de no haber siempre los intelectuales en nuestras filas sea un defecto nuestro, sino más bien un defecto de la manera como algunos intelectuales interpretan los deberes que impone la inteligencia. Claro es que para ser socialista hay que serlo de verdad y proceder como tal, y claro es que al Partido Socialista no se le puede pedir que sea cosa distinta de lo que es. Es un Partido que pugna por la emancipación del proletariado, y en la

liberación del proletariado funda toda su significación intelectual y moral. Hay que venir, pues, al Partido Socialista a realizar esa misión, no a inventar un socialismo personal, arbitrario e inexistente.

No creáis que yo, que nosotros en general, llevamos en manera alguna el camino del envanecimiento cuando hablamos de las excelencias y ventajas que, como esa que acabo de indicar, podemos tener comparados con otras organizaciones. Estas excelencias y ventajas son debidas en gran parte a la actuación de Iglesias, cuya existencia se puede considerar como un bloque compacto de servicios prestados al proletariado.

Formación de la personalidad de Pablo Iglesias

No pretendemos glorificar la personalidad de ningún compañero hasta el punto de convertirle en una divinidad intangible. Sabemos bien que las grandes personalidades se engendran por sus cualidades propias, pero también son producto del medio en que se devuelven y de la acción colectiva.

Las virtudes y las excelencias de Pablo Iglesias fueron obra de su temperamento y de su bondad; también fueron obra de las mismas hostilidades del medio en que se desarrollaron, ya que estas hostilidades, incapaces de destruir su carácter, lograron, en cambio, dotarle de una fortaleza de acero, en un rudo trabajo de forja.

Para comprender la vida de Iglesias hay que distinguir en ella diversos períodos. Ya se sabe que esta obra de clasificación histórica nunca puede ser perfecta y tiene en sí siempre algo de arbitrario; pero yo creo que podemos distinguir en la vida del maestro dos períodos principales: un período que podríamos llamar de preparación y abarca hasta que Iglesias

cumple los veinticuatro años; otro período que comprende el resto de su vida, hasta los setenta y cinco.

En el primer período, Iglesias fué un militante de la organización obrera, dotado de condiciones excepcionales. Desde los veinticuatro años hasta su muerte, la vida de Iglesias fué, como ya se ha dicho aquí, la de un líder, la de un director de muchedumbres que siempre supo conducir las por el camino más seguro.

España en el año 1850

Pensad cómo estaba preparado el terreno cuando nació Iglesias, en el año 1850. En España se sentía entonces la influencia de la revolución francesa del 48. Sabéis que hoy esa revolución es considerada como un episodio de la revolución burguesa. Mas hay que reconocer que la revolución del 48 estaba influida por una concepción socialista imperfecta: el Socialismo de Estado de Luis Blanc. Para Blanc y sus partidarios la mera conquista del Poder político y las medidas legislativas que se pueden dictar desde él tienen por sí solas una virtud y una eficacia que hoy difícilmente podemos admitir.

Sean cualesquiera los defectos de esta concepción, es un hecho que las ideas revolucionarias y socialistas de Francia influyeron considerablemente en España en aquella época; pero, además, no es posible olvidar otra circunstancia de mayor significación, y que no pudo menos de influir sobre nuestro país, porque es precisamente el año 48 cuando aparece el Manifiesto Comunista, de Marx y Engels, que es la síntesis de los principios en que descansa la concepción del Socialismo científico y marca una nueva época en la historia del Socialismo mundial.

Hasta el año 67 no aparece el primer tomo de *El Capital*; pero desde la publicación del *Manifiesto Comunista*

cuenta el proletariado con una doctrina sólidamente construída, con una bandera y un camino seguro, que es el camino de los triunfos sucesivos y el que ha de conducirle al triunfo final.

Dos años después de estos acontecimientos, cuando su influencia empezaba a llegar a nuestro país, nació Iglesias, y nació en la primera parte del reinado del Isabel II, que fué en la agitadaísima Historia de España la época de mayor agitación.

Todos sabéis lo que el reinado de Isabel II significa. A los trece años fué proclamada mayor de edad, porque los elementos liberales del país querían librarse del absolutismo, de la reacción, del espíritu despótico que representaba María Cristina, y aquella niña coronada fué la esperanza de tantos espíritus que en España luchaban heroicamente por la libertad. Pero sucedió con ella lo que sucedió frecuentemente con otros monarcas de su familia: que empezaron sus reinados con promesas de libertad y acabaron practicando cruelmente el despotismo. (Aplausos.)

La juventud de Iglesias y la revolución liberal

Y cuando Iglesias vino al mundo, las promesas de libertad de aquel reinado ya se habían desvanecido o se iban desvaneciendo; los liberales veíanse amenazados y perseguidos, sin otro recurso posible para la defensa de su libertad y su vida que la revolución. Ese fué el ambiente que respiró Iglesias en su juventud. Pero notadlo bien. Este hombre, educado en el taller, aleccionado por la desgracia, tuvo intuición bastante para comprender que no basta sentir anhelos de libertad, sino que es preciso que esta libertad cristalice en sólidas instituciones sociales para que pueda desarrollarse; por eso, desde su juventud, empezó a trabajar

por la organización de la clase proletaria, que estaba sometida a un vergonzoso régimen de esclavitud. Por eso, cuando el mismo año de la batalla de Alcolea, el mismo año del triunfo de la Revolución, el año 1868, se fundó en España la organización obrera, Iglesias se afilió a ella. El maestro perteneció al primer núcleo de la Internacional Obrera que se fundó en Madrid, y fué el fundador, después, de la primera Agrupación Socialista que existió en España. Más tarde fundó también Iglesias el primer órgano del Partido Socialista español. Su obra primera, su obra de juventud, su obra de aprendizaje, la realizó Iglesias en la Sección de Tipógrafos de la Federación Madrileña, adherida a la Asociación Internacional de Trabajadores.

En este período de aprendizaje, la labor de Pablo Iglesias es una labor de organizador, de propagandista, de polemista, de colaborador de *La Emancipación*, órgano en el cual, bajo el influjo de Pablo Lafargue, empezaron a propagarse en España las ideas de Marx y de Engels.

Este trabajo, que yo llamo de juventud y de preparación, no dura en la vida de Iglesias, como os he dicho, sino hasta que nuestro hombre llega a cumplir veinticuatro años. Entonces, el año 1874, fué nombrado Iglesias presidente de la Asociación del Arte de Imprimir, puesto que ocupó hasta que fué elegido presidente de la Federación Nacional de Tipógrafos y más tarde de la Unión General de Trabajadores.

Fijaos, compañeros, en que, después del triunfo de la revolución de septiembre, en España se dió el siguiente caso: Se nombraron unas Cortes constituyentes, que, destronada Isabel II, apenas se preocuparon de otra cosa que de buscar en España, en Portugal, en Bélgica, en Italia, y hasta en Alemania, un rey para el trono vacante.

Fijaos en que cuando ya creían aquellos hombres de las Cortes constituyentes que su empeño no iba a ser realizable, encontraron, al fin, un rey que no tenía ganas de serlo: Amadeo de Saboya. Recordad que a aquel hombre, por sencillo

y liberal, le hizo la aristocracia española la vida imposible, hasta que abandonó el trono. Recordad que entonces, a falta de otra solución, se proclamó la República, y recordad que al año siguiente, en 1874, los militares, dirigidos por Pavía, penetraron en el Congreso y lo disolvieron, y en el mismo año Dabán y Martínez Campos se levantaron en Sagunto al grito de ¡Viva Alfonso XII!, y a consecuencia de eso se hizo la Restauración monárquica borbónica en España. Pues en ese mismo año de la paviada y del grito de Sagunto ocupó Iglesias el primer cargo directivo.

La restauración borbónica y la actuación directiva de Iglesias

Yo supongo que la mayor parte de vosotros habréis pensado en lo que para nuestro pueblo significa este período de restauración.

Por mi parte, puedo deciros que, acerca de esto, más he aprendido en mi práctica de militante socialista que lo que me han enseñado los libros.

Científicamente, la historia de la restauración borbónica está por hacer; mas cuando tuve la suerte o la desgracia de ser—durante unos años—concejal del Ayuntamiento de Madrid, tuve ya ocasión de ver cómo aquella Corporación se había conducido y al amparo de qué leyes había actuado; y vi que las leyes que regían la vida municipal y la vida del Estado en la época revolucionaria tenían cierta grandeza de concepción y de elevación de espíritu. Pero en cuanto vino la restauración, por una serie de ficciones, a veces aparentemente democráticas, pero en el fondo verdaderamente absolutistas; por una especie de eso que llamamos habilidades, y que son miserias vergonzosas, cuando no criminales, todas esas ideas grandes se habían ido destruyendo implacablemente.

La restauración, desde entonces, se me ha ido, cada vez más, apareciendo como un período de oprobio y de mentiras, de negocios sucios, de abyecciones de la vida política de España. (Aplausos.) Y en esa época, compañeros, en que los hombres mejores, desengañados por el fracaso, se refugiaban en un comodísimo, pero también vergonzoso, escepticismo, se mantuvo enhiesta la bandera del ideal de Iglesias, pese a las constantes persecuciones de que eran objeto él y su Partido.

Persecuciones y fortalecimiento :: de la organización ::

De los sufrimientos que el pueblo español ha experimentado durante la restauración, tenemos nosotros recuerdos bien recientes.

La primera huelga realizada por la Asociación del Arte de Imprimir es la causa, en 1882, de la primera prisión de Iglesias. Iglesias fué perseguido y yo hago notar esta circunstancia para que se destaque que la vida militante durante ese período en nuestro país, comparada con la de otros países, es superior en sufrimientos. Es de lamentar que así haya sido. Si nosotros pudiéramos recomenzar la vida de Iglesias, trataríamos de salvarle de esos dolores; pero hay que reconocer que precisamente en esa escuela de desgracias se afirmaron las virtudes sólidas que habían de servir de base para la cimentación de la obra de nuestro Partido.

No es de extrañar, por eso, compañeros, que en estos últimos años de régimen llamado constitucional, que, en realidad, no lo era, porque con frecuencia estaban suspendidas las garantías constitucionales, y cuando no lo estaban no merecían el debido respeto a los gobernantes; no es de extrañar, camaradas, que en estas últimas épocas hayamos experimentado, hayamos sufrido una prueba bien difícil, de

la que, sin embargo, la organización obrera ha salido victoriosa y más fortalecida que nunca.

Recordad los años 1918 y 1919, en que los adversarios nos rodeaban por todas partes y se infiltraban hasta en el seno de nuestra familia ideal. Recordad con qué fruición la burguesía atacaba a nuestras organizaciones y a nuestras personas. Recordad la campaña sistemática que se hizo para deshacer nuestros grupos hasta en las últimas aldeas. Recordad cómo aquellos Gobiernos que se llamaban constitucionales implantaban una dictadura militar en Andalucía y otra en Cataluña, que luego se extendía por otras partes. Recordad que, como ya he dicho otras veces, sin que nadie me pudiera contradecir, todas las agresiones que contra nosotros partían, y que llegaron a convertirse en una obra de terrorismo criminal, eran, por lo menos, toleradas, cuando no alentadas, por las autoridades, y comprenderéis que la organización obrera que ha tenido fuerzas para resistir estas pruebas y para salir de ellas más grande, más noble y más robusta, es que ya tenía mucha robustez, y esa robustez no fue otra que la que le dió el héroe del Socialismo español, la que le dió el gran Pablo Iglesias. (Grandes aplausos.)

Comprenderéis ahora, compañeros, por qué yo digo que este amor extraordinario de la clase trabajadora y del país por Pablo Iglesias es un amor bien merecido, y por qué digo, además, que es preciso que este amor lo acrecentemos y purifiquemos cada vez más en nosotros.

Enseñanzas de la vida de Iglesias

Yo estimo preciso que de la vida de Iglesias, del estudio profundo del medio en que se desenvolvió, del estudio profundo de su carácter, saquemos nosotros enseñanzas.

Primero, sepamos cuál es su herencia moral, cuál es su valor para que lo defendamos siempre, y después, sepamos aprovechar también las enseñanzas en ella encontradas para desenvolver este germen valioso, para que nuestra organización responda a esta primera parte de su gloriosa historia; esta historia que debe satisfacernos y enorgullecernos a los militantes de nuestro Partido y debe estimularnos para continuarla ahora que nos falta nuestro mejor consejero.

Es preciso que nos demos cuenta (¿por qué no decirlo francamente?) de que no puede haber nadie que asuma la función directiva del Partido como Iglesias la asumió; porque son otros tiempos, porque son otras las necesidades y porque hoy el hombre de más prestigio, de más condiciones, de más virtudes, de más energías, no podría asumir todas las funciones directivas que este organismo, ya crecido, necesita ejercitar.

La obra de hoy quizá no exija ese sacrificio heroico que hasta no hace muchos años ha exigido. Quizá en algunos momentos lo exija también; tal vez no haya cambiado la intensidad, sino la forma del sacrificio y del esfuerzo. Pero el tono del heroísmo primero en todos los momentos de la actuación no es siempre el adecuado al momento presente, pues son otras sus características. Lo indudable, compañeros, es que la obra que hay hoy que realizar se va haciendo por momentos cada vez más extensa y complicada.

Siempre la concepción y la práctica del Socialismo han sido, no simples, sino complejas, y han requerido el servicio de caracteres dotados de esas mismas condiciones de complejidad. Precisamente por sus complejidades es también el carácter de Iglesias más digno de meditación y estudio.

Primero, a los que no le conocían—sobre todo en aquellos años en los que Iglesias no había intervenido de lleno en la vida política—parecíales dotado de aristas muy pronunciadas, de una poderosa energía; pero la preponderancia de Iglesias era debida a que al lado de sus energías, en el fondo

de sus rigideces, había un hombre cordial, un hombre de amor.

Todos los que conocían a Pablo Iglesias sabían cuál era la delicadeza de su espíritu, cómo sentía la miseria del proletariado, cómo sentía las necesidades de la niñez, cuál era la consideración que tenía para la mujer, cuyos derechos son tan comúnmente menospreciados.

Esto os explicará algo que aquí ha apuntado uno de los compañeros, en cuartillas que se leyeron, y aun creo que también el mismo compañero Suárez. Iglesias, que era un espíritu fuerte, pero de cuerpo débil (pues siempre estuvo enfermo), no hubiera llegado a los setenta y cinco años de edad, se hubiera muerto joven, si no hubiese sido por esa grandeza de espíritu que atraía y engendraba el amor, y fué la causa de que Iglesias tuviese la suerte de verse rodeado de gentes que velaban por él, que se sacrificaban, si era preciso, por él.

Es preciso que se conozca cómo le querían los que más íntimamente le trataban. El doctor Vera, gran amigo que fué de Pablo Iglesias, ha dicho que si no hubiese sido por los cuidados de Amparo Meliá, Pablo Iglesias hubiera muerto joven.

Cuando Vera se estaba muriendo llamó a uno de sus amigos y compañeros de profesión, el doctor Huertas, y le recomendó que cuidase de la salud de Pablo Iglesias. El doctor Huertas ha cuidado de la salud del maestro con el mayor celo y entusiasmo, guiado de cariño fraternal, pues ese amor era el que inspiraba Iglesias. Se puede decir que, en esto, Pablo Iglesias ha sido afortunado. ¿Pero por qué? Porque tenía corazón y atraía a sí los sentimientos de las gentes que querían conservarle por amor a él, como hombre ideal, como hombre de abnegación y como hombre necesario para la regeneración del pueblo español.

Pues bien: yo os digo que aun estando dotado de tanta cordialidad, de tanto valor, de tanta clarividencia, de tanta

fuerza de voluntad como Iglesias, hoy, dada la complejidad del Partido Socialista y de la organización obrera, un solo hombre no puede realizar todas las funciones que exige este Partido. Esta es una obra colectiva, y lo fué siempre; pero hoy lo es más, y cada día lo será más, y conforme la organización obrera se vaya desarrollando y todo el resto de la sociedad vaya tomando parte en nuestra actuación, sus funciones serán más eminentemente funciones colectivas, y no podrán realizarse por un solo hombre, sino por organismos cada vez más complejos y más nutridos de personal. Ved por qué digo yo que las condiciones de la vida de la organización obrera y de nuestro Partido son hoy diferentes.

No lo digo yo, lo decía Iglesias mismo. Muchos de vosotros lo sabéis, y el haber comprendido las necesidades nuevas en cada momento constituye precisamente otro gran mérito de Iglesias. La organización obrera se encuentra hoy en circunstancias de mucha mayor complicación. Esto no es solamente debido a la situación de nuestro Partido y de nuestra organización española. Esto es una situación común a todas las organizaciones obreras y a todos los Partidos Socialistas del mundo. Es porque en la actualidad atraviesa singularmente Europa, pero con ella el mundo entero, un período de crisis y de profunda transformación, que se significa en todos los órdenes de la vida de tal manera, que no hay solución: o se forma una sociedad completamente nueva, o la civilización existente se degrada y se destruye.

Esta crisis, esta profunda transformación, de complejidad extraordinaria, se representa principalmente en estos dos extremos: en la vida económica y en la vida política.

La crisis económica

Voy a fijarme breves momentos, que no quiero cansaros mucho, en la complejidad actual que representa la vida económica.

Vosotros en vuestra región lo sentís. Todos sabéis que la industria, la industria hullera especialmente, en Asturias está atravesando por una crisis grave. No solamente esto es cierto, sino que también se puede afirmar que, fuera de Asturias, en España; fuera de España, en Europa; fuera de Europa, en el mundo, la industria de la hulla está atravesando una crisis profunda, porque también la están atravesando todas las demás industrias. ¿Por qué? Al decir que la industria hullera y toda la industria en general está atravesando por un período de crisis, queremos significar que los dueños de la industria tienden, dondequiera, en estos momentos, a limitar voluntariamente la producción.

Yo quisiera haceros notar la transcendencia y significado que tiene esta limitación voluntaria de la producción por parte de los patronos.

Habréis oído muchas veces criticar severamente a los obreros porque de alguna manera impedían la producción, la destruían o dificultaban. Sabéis que es a esto a lo que se llama sabotaje.

El sabotaje no lo inventaron los obreros, lo inventaron los capitalistas, que cuando consideran que no ganan todo lo que quieren, o van a arriesgar el capital, o pueden perderlo, limitan voluntariamente la producción, y por egoísmo personal sabotean la industria.

El sabotaje lo aprendieron los obreros de los patronos, tomando las armas suyas para la lucha, como han hecho constantemente en los primeros momentos de su actuación.

Después, por fortuna, los obreros supieron inventar armas más eficaces, pero más nobles, y han rechazado ellos mismos el sabotaje, inventado por los patronos.

Mas, si el empleo del sabotaje por los obreros, para liberarse de la miseria, ha sido considerado como censurable, calculad cuál será la calificación moral que pueda merecer la limitación voluntaria de la producción por parte de los capi-

talistas en la terrible crisis mundial por que hoy atraviesa la industria.

Las causas de la crisis industrial

¿Pero cuál es la causa de que en la industria en general el capital disminuya la producción, ocasionando el paro forzoso y la miseria en la masa?

Es que en la industria hullera, y en todas las industrias, multitud de circunstancias, entre ellas los progresos de la técnica, han aumentado de tal modo la capacidad de producción, que la oferta es muy superior a la demanda.

Pero reflexionad un momento, compañeros, sobre este hecho.

¿No os acordáis de haber oído muchas veces refutaciones del Socialismo fundadas en que es imposible que todos los hombres sean iguales? ¿Como si hubiéramos querido nosotros que todos los hombres fueran idénticos y realizasen los mismos actos!

Circunstancialmente, esta objeción contra el Socialismo buscaba su fundamento en la afirmación de que, siendo la riqueza que la industria puede producir insuficiente para satisfacer las necesidades de todos, forzosamente habrían de existir desigualdades económicas o todos deberíamos sumirnos en una común miseria.

Este argumento sólo puede sustentarse sobre el supuesto de que la capacidad de producción de la industria y la oferta de sus productos hayan de ser necesariamente inferiores siempre, en primer lugar, a la demanda de estos productos, basada en las necesidades de los hombres, y, en segundo término, a la capacidad adquisitiva de la masa de consumidores.

Hoy no podríamos demostrar experimentalmente que la capacidad productora de la industria es suficiente para satisfacer las más importantes necesidades humanas; pero sí po-

demos afirmar que el hecho de que el capitalismo restrinja voluntaria y egoístamente la producción, cuando la inmensa mayoría de los hombres está sumida en la pobreza, constituye un caso monstruoso que hace imposible la existencia del régimen que le ocasiona y le condena necesariamente a ser sustituido por un régimen nuevo capaz de evitar tales horrores.

¿Qué es lo que puede justificar la limitación de la producción? ¿Es que todos los hombres están debidamente alimentados? ¿Es que todos los hombres están debidamente alojados en sus viviendas? ¿Es que todos los hombres están debidamente instruidos?

No, no; es que el régimen capitalista no se ha cuidado nunca de aumentar el poder adquisitivo de las masas, y cuando una industria ha florecido en un país no ha querido sino abrirse camino para la venta del excedente de la producción que en su propio país no ha podido colocar, conquistando por la fuerza pueblos sin independencia y abriendo en ellos mercados nuevos. Es porque el régimen capitalista, que es un nido de contradicciones y conflictos, provocó este último conflicto del imperialismo, productor de la guerra, productor de la matanza entre los hombres y de la más insensata destrucción de todos los valores y de todas las riquezas.

Esta destrucción no puede subsistir. Si la industria se para, si hay excedente de producción sobre la demanda, hoy no se puede salir de esa crisis conquistando nuevos territorios. Porque el planeta está conquistado ya, y porque, además, muchos de los territorios que constituían antes mercados para la industria, hoy son, a su vez, centros de producción industrial, y ya, por consiguiente, no piden sus productos a naciones que hace aún pocos años ejercían el monopolio de la industria.

Necesidad de intensificar el consumo nacional



¿Cuál es la política única que hay que seguir para lograr que aunque trabajen las máquinas todo el tiempo necesario, aunque se ponga el esfuerzo mejor de todos los productores en la producción, aunque progrese la técnica, sin embargo no haya imposibilidad de hallar colocación a los productos? Pues no es más que una. Es aumentar la capacidad adquisitiva de la masa, acabar con la pobreza de la masa, abrir a la industria, no mercados exteriores, sino mercados interiores en cada nación.

Aquí, en España, la solución está en crear una gran industria que necesite carbón, y entonces el carbón no estará ya almacenado, porque tendrá mercado inmediato. Yo no hablo ahora de las soluciones provisionales y de momento, sino de las soluciones de conjunto y finales, a cuya consecución deben subordinarse las mismas conclusiones inmediatas. Que España sea un país no de pobres, sino un país, no digo yo que de ricos, pero sí de personas que todas ellas tengan derecho a vivir una vida digna de ser vivida; y cuando los españoles todos tengamos un poder adquisitivo que nunca se ha procurado, es cuando se puede esperar que la industria florezca y que no se produzcan los paros forzosos.

**Ante todo, hay que defender
las ventajas económicas con-
quistadas por el proletariado**

Esto, compañeros, ya sé yo que nos lleva a una serie de consideraciones que son un poco difíciles de exponer y un poco difíciles de formular con claridad cada cual en su

propio pensamiento; pero he querido indicarlo para llamaros la atención acerca de lo siguiente: observad como en un pueblo tan avanzado e industrial como Inglaterra, recientemente el Comité Nacional del Partido Independiente del Trabajo, cuya importancia desde el punto de vista inglés y desde el punto de vista internacional y mundial es tan grande, acaba de formular una proposición que implica un tema de estudio y de discusión para que recaiga sobre él acuerdo definitivo en un próximo Congreso, y que esta proposición ha sido elaborada sobre la base siguiente: el Partido Independiente del Trabajo aspira a que en Inglaterra se realice el Socialismo en la actual generación.

¿En qué consiste este programa tal como lo desarrolla el Comité Nacional del Partido Independiente del Trabajo?

Primero en conseguir un salario mínimo para todos los obreros ingleses. Es decir, la batalla que ellos quieren ganar primero es la batalla contra la miseria, es acabar con la pobreza. Esa es una condición indispensable para que los mercados exteriores que la industria inglesa pierde puedan ser sustituidos por mercados interiores por la elevación del poder adquisitivo de la masa, del pueblo; pero como eso no se puede conseguir sin una serie de medidas que hagan que los negocios públicos y la vida económica no estén en manos del capital, sino que estén en manos de la clase trabajadora, sobre la base del salario mínimo se desarrolla toda una política social que implica la socialización de la tierra, la organización social de la importación y distribución de productos alimenticios y primeras materias de la industria, la socialización de los Bancos, la de las minas, la de los ferrocarriles, y, en general, la de todos los medios de producción. Esto implica, compañeros, no que el Socialismo tome una nueva dirección, ni que el Socialismo reforme ese carácter obrerista que algunas personas poco reflexivas han reprochado al Socialismo español; sino que se afirma de nuevo como base de un programa de verdadera

emancipación, de verdadera transformación social, el mantenimiento de la jornada de trabajo en el límite a que llega en la actualidad, o disminuirla, y el mantenimiento del jornal, no solamente al nivel actual, sino a un nivel que sea compatible con el mantenimiento de una vida digna.

¡Trabajadores de Asturias! ¡Trabajadores de España! Cuando vosotros lucháis por que la jornada sea breve, por que las condiciones de trabajo sean racionales, por que os quede tiempo para vivir una vida humana y desarrollar vuestra inteligencia y elevar a las alturas ideales vuestro espíritu; cuando vosotros lucháis por que no os rebajen el jornal, y, sobre todo, por que, si la carestía de la vida se ha acentuado, vuestro jornal aumente, podéis estar seguros de que no realizáis una obra egoísta, sino que realizáis una obra dotada de inmensa fecundidad en beneficios colectivos, base de una enorme transformación de la vida humana, incomparablemente superior, por su transcendencia y por su significado, a todas las grandes transformaciones sociales que hasta el presente ha registrado la historia.

El carácter obrerista de nuestro Partido debe ser reconocido como legítimo y como necesario por todos los hombres inteligentes y debe ser servido también por ellos. No es que yo, en funciones de demagogo, venga a alentar fáciles entusiasmos ofreciendo una táctica con la cual se obtienen ventajas materiales, una lucha para mejorar las condiciones del trabajo, una lucha loca sin tener en cuenta las circunstancias; lo que defiende es una lucha generosa en provecho de la clase trabajadora y de todos. Lo que digo es que, cuando se pide que no se rebaje un céntimo el jornal ni se aumente un minuto la jornada, se cumple una función social, que no es una función egoísta, sino que es un servicio grande que se presta a toda la colectividad.

Pues bien, compañeros: si vosotros meditáis, solamente con las indicaciones apuntadas, en todas las complejidades que tiene la vida económica moderna, comprenderéis por

qué os decí^{an} antes que hoy el Partido Socialista, las organizaciones obreras, son demasiado complicadas para que los rija una sola opinión, y que confiar a un solo espíritu su obra inmensa es completamente imposible.

La transición del capitalismo al Socialismo

Yo quiero todavía (perdonadme unos minutos más), quiero todavía llevar más allá estas consideraciones. Si meditamos acerca del estado económico del mundo actual, no solamente reconoceréis conmigo que se está en un momento de crisis, sino que se está en un momento en el cual ya no se puede mantener en toda su pureza los principios propios del capitalismo, sino que se va haciendo concesiones al Socialismo de tal manera, que nos creemos en un momento, no de triunfo de nuestro ideal, pero sí de transición del régimen capitalista al socialista. Nos indica esto, no solamente nuestro deseo, sino la actitud del adversario con respecto a nosotros en España y en todo el mundo.

Algunas veces (no me tachéis de demasiado suspicaz) la actitud de improvisada benevolencia de algunos de nuestros adversarios de ayer, nos obliga a penarnos un poco en guardia.

Es verdad que algunos de estos tradicionales adversarios nuestros (no digo que todos) no han podido abandonar su vieja creencia en los milagros, y es natural que, desengañados de sus santos, de sus dioses o de sus héroes, dirijan a nosotros sus plegarias.

Claro está que nosotros hemos de ser lo suficientemente razonables para no creernos capaces de sacar de la nada la solución de las más arduas situaciones; pero de todas maneras, en esa especie de confianza, de fe, que se deposita en el Partido Socialista y en la organización obrera, hay algo

que nos indica que ya no estamos en un período en que se considera la realización del Socialismo como un imposible. Y si miramos más allá de las fronteras de nuestro país, vemos que un día un ministro francés, en Ginebra, propone que se convoque a una Conferencia económica mundial. ¿Para qué? Pues para que en Europa no exista esta división de naciones, separadas por murallas aduaneras, a través de las cuales los pueblos se combaten fieramente los unos a los otros. Dicho gráficamente, para hacer desaparecer de Europa un estado general semejante al característico de la Península de los Balcanes y para que la industria y la vida económica se transformen por convenios recíprocos; para que, al mismo tiempo, se respeten las adquisiciones de la clase obrera y sea retribuido mejor que lo fué nunca el trabajo manual; porque según esa proposición es evidente que la industria europea no puede restablecerse de su enfermedad a menos que sus productos sean selectos, y para que los productos sean selectos es preciso que los obreros estén bien tratados y sean bien retribuidos.

Si del seno de un Gobierno burgués sale esta proposición, ¿no os parece que en cierto modo el fruto está muy maduro?

Pero hay más. Hay que, en un pueblo como Inglaterra, donde muchos reconocen que reina un espíritu conservador, en el año 1919 se nombra una Comisión para que dictamine sobre el estado de la industria minera, y esa Comisión llega a la conclusión siguiente: no hay más solución que una: que es la nacionalización de las minas. Esta Comisión no estaba, sin embargo, compuesta por obreros solamente, sino que predominaban en ella otros elementos que, por educación y por categoría social deben ser considerados como pertenecientes a la esfera de influencia que, tradicionalmente, ha venido ejerciendo el capitalismo.

Pero ante el conflicto actual, un Gobierno inglés de plena reacción conservadora nombra otra Comisión, y esa nueva Comisión declara que la pretensión de algunos patronos de

disminuir las horas de trabajo es una pretensión insostenible y que deben adoptarse medidas en el sentido de una organización racional de la industria que son otras tantas concesiones parciales a las demandas formuladas por el laborismo. Estas Comisiones, que van tomando carácter de permanencia y van preparando la nacionalización y socialización de las principales industrias, ¿no indican que estamos en un período de transición? Pero hay más. En Ginebra, el *Bureau* Internacional del Trabajo ha publicado una información acerca de la jornada de ocho horas, en la cual puede verse cómo una serie de hombres que no pertenecen al mundo de los obreros, sino al de los capitalistas, hace una defensa calurosa de la jornada mínima y del salario remunerador.

También en Norteamérica se ven casos como los de los capitalistas Ford y Filene, que han sostenido que las industrias no se agrandan, no se consolidan y no se mantienen sino pagando muy bien a los obreros y respetando el descanso de éstos para el desarrollo de sus facultades intelectuales.

Si nos fijamos también en Alemania, vemos que hay allí una serie de instituciones funcionando, tales como los Consejos de industria, en los que tienen participación los obreros, y que aspiran a un completo control de la producción. Igualmente vemos que se está organizando el Consejo nacional económico, que ha de regir la economía de todo el país y el cual está eminentemente condicionado por las ideas y por la representación de las clases obreras.

Estamos, pues, en un período de transición.

Pero de transición a un régimen que no es sencillo, que no es obra que se haga por milagro, en un momento, como por arte mágico, no. Todos los procedimientos de actuación que perpetúan el mito del milagro de una noche, para que la aurora siguiente sea la aurora de la perfección definitiva, hay que desterrarlos por completo de nuestra esperanza y de nuestras costumbres.

Las revoluciones se hacen en una labor de todas las ho-

ras, y todas las horas exigen nuevos sacrificios, y algunas veces sacrificios definitivos. Por eso es una obra lenta y trabajosa y compleja la que entre todos tenemos que realizar.

La crisis política

Mas la complejidad del momento actual se percibe bien, no solamente en el aspecto económico, sino también en el político.

Fijémonos en lo que pasa en nuestro país, y procuremos comprender su significado comparándolo con la situación política general del mundo contemporáneo.

Yo quisiera poder resumir en pocas palabras mis ideas acerca de la actual situación política.

Algunos creen que las instituciones liberales han decaído y todas las aportaciones del liberalismo desaparecen y se van del mundo. Algunos piensan que Europa camina hacia un régimen más o menos personal, más o menos dictatorial, para conseguir la eficacia que las Asambleas democráticas no han conseguido. Yo tengo esta concepción por absolutamente equivocada. La característica del momento de transformación actual consiste en que se va de una democracia menos perfecta a una más perfecta, en que se va de una democracia que pudiéramos llamar inorgánica a una democracia organizada en un conjunto de instituciones que penetran en las actividades sociales todas y se armonizan después para constituir la vida de una democracia total.

Evidentemente, las Cortes no pueden ser lo que han sido hasta aquí, y en España, menos. En España tenemos que conquistar unas Cortes dignas de tal nombre, unas Cortes capaces de afrontar las asuntos más graves, no de soslayarlos y evitarlos; unas Cortes que funcionen con verdadera autoridad, no yendo a ellas los diputados a pronunciar discursos improvisados, sino a estudiar los asuntos ante datos

concretos que deben ser puestos por la Administración al servicio de los diputados del pueblo como de los ministros para el cumplimiento de una función pública indispensable a la vida nacional.

Habremos de caminar en España, como en el mundo, hacia un régimen superior de más perfecta democracia. Y ha de ocurrir que el Partido Socialista Español, por virtud de las circunstancias, se va a ver enfrente, se está ya viendo enfrente de un problema político de extraordinaria importancia.

Reconozcamos, compañeros, que en España hace tiempo que estamos en período constituyente. No queremos volver atrás y no queremos tampoco permanecer estancados. Queremos que, después de las cosas que han ocurrido, la transformación que haya de producirse en nuestra vida política sea una transformación tal, que de ella no deba algún día arrepentirse o avergonzarse el pueblo español.

Mas será inexcusable que nosotros, como todos los españoles conscientes, nos pronunciemos con claridad acerca de las principales cuestiones administrativas y políticas que integran la organización nacional, desde la forma en que se han de verificar las elecciones hasta la Constitución fundamental del Estado; desde la organización de la vida municipal y regional hasta el funcionamiento de las Cámaras, desde la manera de utilizar los servicios del más modesto funcionario hasta la elección de la más alta magistratura de la nación.

La inmensidad de la obra que hay que realizar justifica la insistencia del requerimiento que constantemente dirigimos a las inteligencias más claras y a las voluntades mejor templadas de nuestros conciudadanos.

Mas las circunstancias que concurren en la historia de nuestros organismos, y que he procurado someter a vuestra consideración, creo que justifican también plenamente nuestro deseo inquebrantable de que se mantenga con firmeza en

nuestras filas ese espíritu de idealidad obrera y socialista que constituye la gloria de la vida de nuestro inolvidable maestro Pablo Iglesias. Es el espíritu de Pablo Iglesias el que quisiéramos ver resplandecer en la conducta de nuestros militantes para que el crecimiento de nuestra Unión General de Trabajadores y de nuestro Partido Socialista Obrero Español no sean sino la prolongación de la existencia de un hombre que tanto y con tanto acierto trabajó por el bien de la clase trabajadora, por los más altos ideales de la Humanidad y por el más noble y próspero porvenir de España. (Grandes y prolongados aplausos.)

UNA VIDA DE AMOR Y DE FIRMEZA

Cuando comparamos nuestros recuerdos más lejanos de la vida de Iglesias con las últimas impresiones de las palabras pronunciadas por él, la imagen que ha de perdurar en nosotros aparece grabada con firmes caracteres en nuestro espíritu.

El Pablo Iglesias de nuestro recuerdo imborrable es el anciano de cabellos blancos y de tez pálida, de cerviz inclinada al peso del dolor, de voz doliente y pausada, pero firme y segura en la expresión del pensamiento; de letra temblorosa, pero perfectamente ordenada, dócil y sumisa al servicio de un razonamiento vigoroso.

Es el privilegio de una senectud verdaderamente noble, en la cual todos los valores que ha producido una vida larga de abnegación y de trabajo se condensan en una materialidad sutil, serena y constante, aliada de la espiritualidad verdaderamente imperecedera.

Hoy, en el silencio y soledad de nuestra tristeza, contemplamos esa imagen del amigo, del compañero y del maestro como una joya de valor inapreciable, hecha de transparencia y de diafanidad, pero también de resistencia invencible.

La muerte no nos separa de Iglesias. La imagen de su vida de ternura, de amor y de firmeza queda definitivamente incorporada al tesoro moral de nuestra conciencia de hombres libres, demócratas, obreros del ideal inmortal del Socialismo.

JULIÁN BESTEIRO

EN EL ENTIERRO DE IGLESIAS

Discurso de Besteiro en el Cementerio

Compañeros: Es preciso que nos revistamos de la necesaria fortaleza para cumplir hasta el fin este penoso y triste deber.

Bien hubiésemos querido que esta multitud enorme que ha acompañado los restos de Iglesias hasta el cementerio hubiese permanecido con nosotros hasta consumir el acto del sepelio. Ya veis que es imposible. Este campo, que contiene ya tantas memorias queridas para nosotros, es demasiado pequeño para el grandioso amor que todos tenemos al «abuelo».

Es preciso que os resignéis a darle el último adiós. Despedíos de él y desfilad en silencio. Yo espero que en último término no saldréis de este acto deprimidos, sino fortalecidos. Iglesias derramó su espíritu sobre la multitud, y todos llevamos algo del tesoro moral que nos legó Iglesias incorporado a nuestra vida.

Yo os quiero decir que a este espíritu de Iglesias que vive en nosotros hemos de hacerle un nido de amores en nuestro corazón.

Que el alma del maestro vibre en nuestras palabras y en nuestros actos; que inspire nuestra conducta en la vida familiar y social; que mueva nuestros brazos en el trabajo y ennoblezca y eleve nuestras horas de reposo.

Compañeros: Iglesias fué un sembrador. La semilla que él sembró ha producido ya tallos sanos y troncos robustos. Ha producido también flores y frutos. Sembrad vosotros esa semilla también, hasta que en toda la extensión de nuestro país nazca un bosque robusto y espeso, en cuyas enramadas palpite la vida y cante himnos alados a la memoria de este hombre y a la eternidad de sus grandes ideales.

Desfilad en silencio, camaradas, y rendid el tributo de vuestra fortaleza, de vuestra sencillez y de vuestra bondad, a este compañero, amigo y maestro que supo ser a la vez fuerte, sencillo y bueno. Y confiad a nosotros el cumplimiento de los últimos deberes, seguros de que habremos de cumplirlos con el mismo cariño y la misma lealtad con que hemos acompañado a Iglesias durante su vida.

Obras son amores

Los Grupos Sindicales Socialistas que en el plazo de UN AÑO no hacen veinte compradores o abonados a EL SOCIALISTA demuestran que no sienten por éste el interés a que están obligados.

Las Juventudes Socialistas que en el mismo plazo no conquistan para el diario del Partido diez suscriptores o compradores revelan que no tienen por él el cariño que deben.

Los socialistas que en dicho período de tiempo, esto es, en UN AÑO, no hacen dos compradores al periódico que diariamente defiende la causa del Socialismo acreditan que no sienten deseos de que prospere y se engrandezca.

Los obreros asociados que no adquieren todos los días EL SOCIALISTA patentizan que no ven que éste es el defensor en la prensa de los intereses de los explotados ni la conveniencia para la organización obrera de que sea muy leído.

Nada de lo que indicamos representa un sacrificio ni un gran esfuerzo. No hacerlo, habla muy poco en favor de las colectividades y los compañeros aludidos.

Bien está que expresemos con palabras nuestro amor a las ideas que profesamos y al periódico que las defiende, pero es mejor que ese amor lo demos-tremos con hechos.

¡Correligionarios! ¡Compañeros asociados! Hechos, muchos hechos, demandan nuestra causa y nuestro diario para prosperar. ¡Realicémoslos si queremos cumplir como buenos!

PABLO IGLESIAS



BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1103611507